

# Antón Chéjov, médico, enfermo, melancólico y escritor de genio

Bruno Estañol<sup>1</sup>

Ensayo

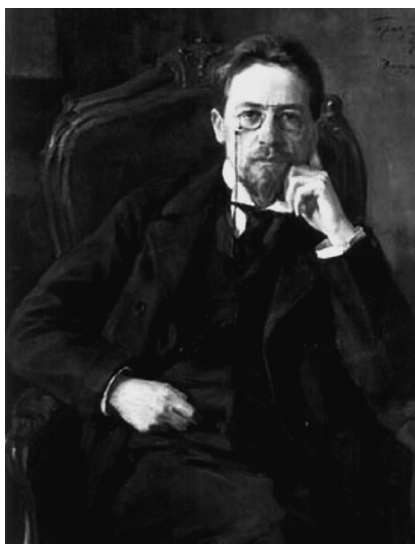
*De la vida se pueden sacar con facilidad varios libros pero de los libros se saca poco, muy poco de vida.*

F. Kafka

(G. Janouch, Conversations avec Kafka. Maurice Nadeau, Paris 1978, p 41)

Los lectores de biografías intuyen, acaso erróneamente, que si conocen los avatares de las vidas de los hombres célebres quizás puedan descubrir el secreto de la creatividad.

Otra manera de leer las biografías (y a veces las novelas y cuentos) es para vivir de prestado ciertas aventuras. Algunas biografías se leen como si fuesen textos de ficción o una representación teatral y no de la vida; la mayor parte de esa vida no tiene interés, son cifras de nacimiento y muerte, hechos geográficos, educación o pseudoeducación, amores y desamores, dichas y desdichas, de un artista, un santo, un científico, un aventurero y hasta de un político o aun gente peor. Una biografía es una vida completa. Este carácter redondo de la biografía la hace de gran interés humano. Todas las autobiografías son falsas. A veces falseadas deliberadamente, otras con recuerdos falseados. El autobiógrafo, en lugar de hablar de sí mismo, se dedica a hablar mal de los otros. Los diarios son sinceros y, la mayoría, aburridos. Ahora sabemos que Borges tenía razón: hay individuos que pueden recordar su vida entera, día a día. A esta memoria autobiográfica se le ha llamado memoria episódica o de hechos. Esta memoria está cargada de emociones. De hecho, recordamos en nuestra vida aquello que nos ha conmovido. También existe una memoria de conceptos, de ideas: esta memoria se ha llamado memoria semántica. Tal vez las llamadas biografías intelectuales, como las intentadas por Bertrand Russell, sean las más interesantes porque mues-



tran la progresión o la disolución de la mente y de las ideas de un individuo a lo largo de una vida.

El psicoanálisis nos ha enseñado que en todo tipo de lectura existe la identificación con el héroe. Esta proyección del inconsciente del lector que se identifica con ciertos personajes, y de esa forma con el inconsciente del autor es, creo, una forma muy importante de lectura. Sin la empatía con el personaje es imposible leer un libro. En las primeras páginas el lector lo tira al cesto. Aristóteles, siempre vigente, veía a la tragedia como una catarsis; la identificación con el héroe trágico, es decir el reconocimiento de que a uno mismo le pueden pasar hechos terribles, le permite purgar en gran parte los sentimientos negativos y la tragedia inevitable de toda existencia: la muerte de los seres queridos, la enfermedad, la separación, la miseria, la muerte de uno mismo, por medio del *horror* y la *piedad* por la vida del héroe.

Nace Chéjov en el pueblo de Taganrog, en Ucrania, al sur de Rusia. Su padre es tendero y fanático religioso. Lo obliga a levantarse todos los días, de madrugada, para asistir como monaguillo a la misa de la religión ortodoxa. También lo presiona para que trabaje, desde niño, como dependiente en la tienda de abarrotes. Lo golpea con regularidad y lo explota. Años después escribe: "me levantaba todos los días pensando ¿me golpearán hoy?" Vive siempre con falta de sueño. Esta falta de sueño le permitirá soñar. No obs-

<sup>1</sup> Jefe del Departamento de Neurofisiología Clínica I.N.N.S.Z. Miembro del Comité Editorial de SALUD MENTAL.

tante ayudará a su padre y a su familia el resto de su vida. No muestra resentimiento consciente contra el padre, pero, como en el caso de Kafka, es difícil pensar que esta dura infancia no haya influido en su personalidad. Ambos fueron hombres maltratados y rechazados por los padres.

Por deudas su padre es obligado a mudarse a Moscú. El niño Antón Pávlovitch Chéjov, de 13 años de edad, permanece en Taganrog y trabaja todo el día para enviar dinero a sus padres. Este patrón de comportamiento, este sacrificio por los demás, va a permanecer con él toda su vida. La mayoría de sus personajes son personas que se han sacrificado por los demás y también han sacrificado su proyecto vital.

Descubre muy joven su vocación y su facilidad literaria. Escribe cuentos cómicos para los periódicos. Cuentos que prácticamente no corrige. Escribe sobre todo para sobrevivir. Con el producto de su actividad literaria puede financiar su carrera de médico. "Escribo -dice más tarde- para ganar dinero y para no aburrirme". Para no aburrirse: tal vez ese sea uno de los principales motores de la escritura. El aburrimiento es aquí sinónimo de melancolía: escribe para curarse. Sin embargo, no desea que sus amigos, médicos y estudiantes de medicina sepan que es escritor y lo hace con el seudónimo de Chekonte. Así transcurren sus años de estudiante de medicina. Se gradúa de médico y trabaja intensamente en su profesión. Compra una extensión de tierra y la dota de escuela, biblioteca y dispensario. Mantiene a sus padres y a su familia. No cobra a los pobres. Recuerda que su abuelo fue un siervo que compró su libertad. Esta conducta altruista y generosa durará toda su vida. Tiene una gran empatía con los pobres y sin duda esto le ayudó a entender a los seres humanos en sus mejores y peores aspectos. Es un hombre sociable aunque siempre triste. No se le ve sonreír en ninguna de sus múltiples fotografías.

Un crítico literario (Grigorovitch) lo descubre y le manda una admirable carta en la que le dice que tiene el talento para ser un gran escritor pero que necesita hacer textos más serios, más largos y más corregidos. Le dice también que debe usar su nombre propio y no un seudónimo. La Literatura ya en sí es una máscara. Esta carta fue crucial en la elección literaria de Chéjov. Muchos de los innumerables cuentos que escribió antes se perdieron en los diversos periódicos de provincia. A partir de esa carta reconoce y acepta su vocación de escritor. También acepta ser médico aunque cree que la Literatura le causa más placer.

Cuida a un hermano que muere de tuberculosis y probablemente ahí se contagia. La tuberculosis era entonces endémica en toda Europa: una enfermedad indolente, pero inexorablemente progresiva y mataba en la juventud. Ya enfermo de tuberculosis hace un viaje incomprensible y quizá suicida. Se pone en marcha para visitar la isla de Sajalín que era una isla-prisión en el extremo noreste de Siberia, cerca de Mongolia. Viaja en tren, en barco, en *coach* y tarda dos meses y días en llegar a la isla. Viaja solo, con un frío terrible, malcomiendo y maldurmiendo. Tose un esputo ligeramen-

te teñido de sangre. Se entrevista con cientos de reclusos, constata la miseria moral y física de los presos de Sajalín. Elabora a mano cientos de fichas. Regresa a Rusia por barco y llega finalmente a Odesa por el Mar Negro. El significado inconsciente del viaje de Chéjov es misterioso. Es parecido al viaje de Joseph Conrad por el río Congo. No eran viajes que nadie creyera indispensables. Eran, y ellos lo sabían de antemano, en extremo peligrosos. No parecía que tuvieran que probarse algo a sí mismos. Los dos regresan enfermos. El viaje de Chéjov a Sajalín es todavía menos comprensible que el de Conrad al Congo Belga, ya que Joseph Conrad recibe una remuneración económica, mientras que Chéjov se costea el viaje. Una hipótesis que me ha perseguido es que su viaje representa para él un sacrificio. Un sacrificio por algo que él mismo no sabe. Chéjov quiere redimirse de una culpa ignota sacrificándose por los parias de Sajalín. Él, sin duda, lo consideró un deber. Para Conrad también era la gran oportunidad de tentar al diablo y quizás morir: otro melancólico. Parece que lo que hicieron es lo que en psicoanálisis se llama "pasar al acto". Fueron viajes peligrosos con gran riesgo de perder la vida y probablemente suicidas. Otra interpretación menos verosímil es que ambos necesitaban las aventuras para poder escribir en esa lucha cuerpo a cuerpo entre vivir y escribir.

Chéjov enferma gravemente después de su viaje a Sajalín. Así que todas sus notas y apuntes fueron un ejercicio perdido a pesar de que las usó para su tesis doctoral. Viaja después a París donde come ostras y bebe buen vino. A partir de ese momento, acuciado por la presencia aterradora de la muerte y la invalidez, crea sus grandes obras de teatro y se convierte en un innovador del cuento. Con Chéjov no importa lo que pasa al final del cuento; sólo importa lo que está a la mitad y el personaje.

La presencia ominosa de la muerte es perceptible de alguna suerte en sus dramas. Siempre hay una pérdida: una casa con un maravilloso jardín de cerezos, un hombre que ha desperdiciado su vida manteniendo a un profesor que finalmente no logra nada, una pareja de amantes que tienen un *affair* sin futuro porque ambos son casados, un director de un hospital psiquiátrico que termina siendo un enfermo de su propia clínica.

Chéjov y Keats son creadores jóvenes, enfermos de tuberculosis y médicos. Es difícil escapar a la idea de que la infancia terrible de Chéjov es fundamental en su visión desconsolada de sus protagonistas melancólicos que se sacrifican por otros y no logran nunca sus metas, y en sus obras llenas de inquietante fracaso.

Muere en Badenweiler donde va a buscar alivio cuando en realidad ya es un moribundo. En el hotel donde se hospeda con su esposa, la actriz Olga Kniepper, con quien se casa ya muy enfermo, siente la llegada del último viaje. Le ponen hielo en el pecho y dice: "no pongan hielo sobre un corazón vacío". Después, en alemán: "*Ich sterbe*" (yo muero). El médico que lo atiende, no hallando algo que hacer por él, pide

una botella fría de champaña. La bebe y la agradece: "hacía tiempo que no tomaba champaña". Después muere. Envían su cuerpo por ferrocarril a Moscú en una caja de ostras. El fragor de una banda de música aturde los oídos cuando el tren llega a la estación de Moscú. La banda no toca para él. Está ahí para dar la bienvenida a un general.

Los protagonistas de las piezas de teatro y los cuentos de Chéjov son hombres y mujeres maduros habitados por el desencanto. Esperan cambios en la vida, pero íntimamente saben que éstos nunca llegarán. Aceptan su destino como un hecho. El Tío Vania es quizás el epítome de estos personajes. Esta desesperanza no los abrumba. Chéjov, a pesar de ser un creador joven, crea desde una posición depresiva y resignada y no con enojo o rencor. No quiere cambiar al mundo como los jóvenes. Con frecuencia los protagonistas se han sacrificado por otros: trabajando para enviarles dinero o han aceptado el desamor del otro sin buscar un nuevo amor. Chéjov no quiere ni cambiar al mundo ni convencer a nadie. No juzga ni pre-juzga. Acepta la vida como está hecha. Este evidente deseo de narrar desde la misma desencantada vida es tal vez el secreto de muchos narradores. Sin embargo, pocos escritores como Chéjov han plasmado su propia visión del mundo en sus protagonistas. Los innumerables lectores de Chéjov se reconocen

en estos personajes culpables y melancólicos. Chéjov, a pesar de ser un escritor secular, tiene la culpa judeocristiana en el fondo de su narrativa. Sin embargo la identificación del lector con los personajes de Chéjov permanece misteriosa.

La vida de Chéjov y la forma de su muerte han concitado el interés de muchos biógrafos, entre ellos Henri Troyat y Daniel Gilles. Roger Grenier publicó una hermosa e insólita biografía de Chéjov a la que le pone como título una frase que pronuncia uno de los protagonistas de una de sus obras de teatro: *Regardez la neige qui tombe* (Mire cómo cae la nieve). Los personajes de Chéjov no pronuncian grandes frases ni hacen grandes cosas. Viven su desencanto y su sacrificio como algo natural.

La creatividad de Chéjov parece nacer de una infancia dura, un rechazo paterno, una melancolía crónica, una gran empatía por los pobres y por aquellos que no han logrado lo que querían en la vida y también influyó su profesión de médico que le permitió conocer a muchas personas y la enfermedad crónica que lo mató en plena potencia creadora.

El gran cuentista norteamericano Raymond Carver narra la muerte de Chéjov, con típico estilo chejoviano, en el cuento *El Encargo*.